

Pequeña antología de Francisco Mora

Por el río van caballos

De nuevo, el otoño batiendo los postigos,
como si nunca antes la vida tejiera sus tapices
en la casa.

Otra vez el vértigo abisal de la existencia hurgando
en las cómodas, trazando signos de duda en las
paredes y sobre la cal de mi alma.

Inmóvil, en el cuarto hay un hombre que mira
y no pregunta,

inmóvil, junto a mi lecho, el curso del río
viste canas amarillas y paréntesis de hierba.

Este es el lugar de la ruina y el silencio,
bajo este techo de arrogancia alcé una cabaña
de naipes y palabras

que tumbó el vendaval. En tránsito

mi voz clamando por la herida,
en esta mies de nadie enjalbegada de fiesta
que cicatriza en mi carne.

Una vez más el otoño golpeando los cristales,
dibujando caballos ocres en el río,
hermosos caballos rotos entre la niebla.

Caballos de tristeza semejantes a mi alma.

(De *Memoria del silencio*, El Toro de Barro, 2000)

Las hormigas

¿De dónde salís vosotras? ¿Adónde os dirigís con vuestra carga a cuestas?
No sé lo que buscáis en este folio, ni a qué ha venido vuestra comitiva,
esta hilera de hormigas que de pronto caminan en procesión por mi mesa.
Estas hormigas son tontas. Se afanan en balde. Van en sus mandiles negros
guardando las letras de este poema. Son tontas estas hormigas, confunden
las palabras con el trigo. Husmean en una ele. En la pinza abierta
de una i griega se entretienen como zahorís ciegos. Sorteán las eses
con pericia de reptiles, tropiezan en las comas. Sobre el río de dudas
de los puntos suspensivos, musitan. Ante la palabra gracia levantan
las antenas; en la palabra cuerpo se demoran, como si fuera el tuyo.
Cuando ya no quedan letras que echarse a la espalda se van como
vinieron.

Las veo perderse por una rendija del rodapié. Las hormigas son tontas,
no saben que las letras no alimentan, ni abrigan, que no sirven para nada
si no aciertan a decir las precisas palabras para conjugar tu nombre.

(De *Palabras para conjugar tu nombre*, Exlibris, 2009)

La trama

A Pedro Poveda y Puri Buedo

En un lugar de esta ciudad un hombre
solo, medita. En la habitación de un hotel,
encerrada en sí misma, una mujer
espera. Los une este minuto, el fantasma
acaso de esta línea inacabada...

Un cielo igual. La conciencia fútil
pero exacta del espacio en la lluvia:
plenitud del tiempo tras el vidrio,
transcurso, nube.

Más allá del pensamiento, de las brasas
que alientan su combustión incesante,
más acá de la otra orilla
del sentimiento, que su razón
confunde, está la palabra
en la palabra misma. Campanarios,
azoteas altísimas de imágenes
reunidas en un cuerpo que es el cuerpo
de todos y de nadie. El hombre
ahora pasea; la mujer
se derrumba en el diván y llora.
El sonido diminuto que las palabras
producen al chocar las emparenta,

en su hermandad se difuminan,
en su misterio se encuentran para saltar
al vacío y quebrar sus huesos luego.
En la lluvia se mojan y se agrandan,
con el sol se cuarteán y se hinchan,
en la contradicción aparente está su música:
un puñado de tierra y el mar al fondo,
el instante y lo perpetuo que de ese instante
queda en el crujir del universo. Una palabra
lo es sólo en su herida. El hombre
ahora se detiene, medita, coge el gabán
y toma la puerta de la calle.
En el hotel, la mujer, frente al espejo
del baño acaricia un revólver.
Unas letras de carmín en el cristal se duelen.
De pronto un disparo rasga el instante,
el destino que para ese instante está soñando
este verso recién asesinado.

(De *La noche desolada*, Diputación Provincial de Cuenca, 1998)